

¿Etnia o política?

Hacia un modelo constructivista para el análisis de los nacionalismos

RAMÓN MÁIZ

Univ. de Santiago de Compostela

Nationalism tends to treat itself as a manifest and self-evident princip... but its self-image and its true nature are inversely related, with an ironic neatness seldom equalled even by other successful ideologies. It preaches and defends continuity, but owes everything to a decisive and unutterably profound break in history.

E. GELLNER

Resulta cuando menos llamativo que el paradigma subyacente, rara vez explicitado en su autoevidencia, en el actual debate político sobre el «resurgimiento del nacionalismo», e incluso en buena parte de los estudios históricos sobre los nacionalismos que proliferan al hilo de los acontecimientos del Este europeo, siga resultando patentemente deudor del viejo molde organicista. En efecto, mediante un salto pendular desde la indulgente desatención a la cuestión nacional, vía instrumentalismo clasista o ideológico, atento a los «auténticos problemas» que aquélla vendría a ocultar (y que las duras réplicas de la historia han desacreditado definitivamente), parece haberse pasado, en procura de la sustantividad irreductible del «problema» de las nacionalidades, a una fosilización etnicista de la nación, escasamente crítica con los propios postulados de la ideología nacionalista. Y así, la argumentación al uso parece dar por sentada la asunción de una base «natural» de la política, étnicamente predefinida en términos objetivos de cultura, raza, lengua o religión, la cual, despertando de su letargo, se exterioriza en movilizaciones, doctrinas y/o violencias de varia índole. De esta suerte, la labor del analista tiende a verse irremediabilmente abocada a la febril procura historicista de los antecedentes, bien de una cultura diferenciada, bien de una prístina identidad étnica, cuando no de un resentimiento originario; incluso de alguna predecesora movilización reinterpretada ahora, a la luz del presente, como protonacionalista, en la que residiría la verdadera explicación del actual estado de cosas: *post hoc ergo propter hoc*.

Y sin embargo, en el ámbito de los estudios antropológicos, sociológicos y politológicos sobre el nacionalismo, hace tiempo que el paradigma *primordialista* —esto es, la consideración de la nación como un *dato* objetivo que tarde o

temprano se manifiesta ideológica y políticamente en formas y grados diversos— ha cedido definitivamente paso a perspectivas más constructivistas en las que la nación, lejos de preceder al nacionalismo, se considera en sí misma un producto sociopolítico resultante de complejos procesos de *nation-building*. Será objetivo de las páginas que siguen poner de relieve las aportaciones de una serie de modelos para el análisis del nacionalismo que, divergentes en mayor o menor medida entre sí, convergen sin embargo en un objetivo último: colmar la irreductible distancia que media entre la etnia (cultural) y la nación (política), explicitando los mecanismos causales subyacentes en la *black box* del proceso en cuestión.

No fue esta, empero, la perspectiva inicial en el análisis de las etnias en las ciencias sociales. Recuérdese, por ejemplo, que la versión *dura* del primordialismo de Shils (1957), Geertz (1963) o Robinson (1977) ponía en primer plano «el poder de los *datos* del lugar, de lengua, sangre, de visión del mundo y de la vida que modelan la noción que un individuo posee de quien es y a que se encuentra indisolublemente vinculado» (Geertz, 1963). Versión ésta, por lo demás, casi coincidente con la autocomprensión del discurso nacionalista mismo; a saber: la nación como un hecho objetivo, una evidencia social incuestionable, que pugna históricamente por su manifestación consciente, su autodeterminación política.

Conscientes del implícito organicismo que una perspectiva que concebía a la nación como fraguada de una vez por todas, y susceptible tan sólo de una mayor o menor exteriorización política de su esencia natural, algunos estudiosos procedieron a una redefinición *blanda*, si bien *perennialista*, que insiste no tanto en que los datos objetivos que conforman una nación: raza, lengua, mitos, en suma, su *eticidad*, sean naturales y eternos, cuanto que resultan decisivos para la configuración posterior y las características del nacionalismo edificado a partir de aquéllas.

Así, por ejemplo, Armstrong (1982), recogiendo las críticas de Barth a los planteamientos primordialistas clásicos, desestima la posibilidad de una definición «objetiva» de las etnias (no hay más diferencias que aquellas que los actores consideran como significativas). En el mismo sentido, sostiene que la dinámica interactiva de exclusión y diferenciación del «Otro», más que la de autoafirmación positiva, resulta de capital importancia en los procesos de génesis identitarias, procediendo en su justamente célebre *Nations before nationalism* al análisis histórico de la recurrencia mítico-simbólica en los procesos de surgimiento y rearticulación de identidades étnicas en la historia europea y oriental.

Smith, por su parte, daría un paso más, y en su *The Ethnic Origins of Nations* (1986) distinguirá entre etnias y naciones, postulando a estas últimas como elaboraciones políticas e ideológicas de los movimientos nacionalistas y su *intelligentsia* a partir de los materiales proporcionados por los intelectuales. Ahora bien, si de una parte Smith critica la idea de nación como una asociación

humana natural y fuera del tiempo, subraya sin embargo la determinación, podríamos decir que «en última instancia», de las etnias para el posterior devenir de las naciones. Los «mitos, recuerdos, valores y símbolos» que constituyen el fulcro de la etnicidad tienden a ser excepcionalmente duraderos, a su juicio, cambiando muy lentamente con el paso del tiempo, y constituyen una base decisiva de los procesos de *nation-building*. De esta suerte, si bien el nacionalismo es entendido como un fenómeno esencialmente moderno, una tal «nación moderna» incorpora inevitablemente diversos rasgos de la etnia premoderna cuya huella debe ser, en consecuencia, investigada con detalle.

El «descubrimiento» por los intelectuales de las características peculiares de una específica etnia, la formulación del complejo mítico-simbólico que define una identidad diferenciada a partir de elementos tales como el nombre colectivo, el mito de los orígenes, la historia compartida, la cultura o lengua propias etc., se configura como el cometido inicial que preanunciará, no sólo la eficacia inclusiva de la futura nación, sino la orientación político-ideológica de la misma.

Así, pues, incluso en la óptica *perennialista* de Smith la «etnia debe ser politizada, debe entrar y permanecer en la arena política, y debe asimismo comenzar a desplazarse hacia la nacionalidad» para merecer el calificativo de nación. De este modo la inclusión de los nacionales en la común identidad colectiva y la movilización política resultan elementos claves, cuya ausencia en modo alguno obvia la sola presencia histórica de la etnia.

Muy similar en su lógica argumental, el concepto de *etnonacionalismo* de Connor (1972, 1973, 1978) pone de relieve el papel decisivo de la *conciencia*, «vínculo psicológico que unifica a un pueblo y lo diferencia» (1978), para marcar las distancias entre un grupo étnico y una nación: «la nación es un grupo étnico autodefinido» (1973). De este modo, si bien se avanza en la comprensión de la conflictividad consustancial a los Estados plurinacionales y sus eventuales crisis de legitimación, se considera, sin embargo, la identidad nacionalitaria como un dato de la naturaleza humana que no precisa de ulterior indagación.

Sucede con Connor algo muy semejante a lo que ocurre con el análisis de Smith, el cual, extraordinariamente fructífero en lo que a la índole y eficacia del sustrato étnico de las naciones se refiere, deja intocado el *proceso de construcción* que, a partir de este *cultural raw material*, llevan a cabo primero reducidas élites de intelectuales y posteriormente organizaciones políticas partidarias.

De hecho, la afanosa procura de los antecedentes a los que Armstrong o Smith se ven precisados a recurrir a fin de encontrar evidencias empíricas que preanuncien los nacionalismos posteriores, conserva un parecido último, reflejo de un distanciamiento científico-social insuficiente, con la autocomprensión secuencial que el relato nacionalista posee de la realidad nacionalitaria. A saber: la nación parece erigirse en *sujeto* preexistente a la historia, con unos *intereses* específicos (conservación de la propia cultura, lengua, tradiciones y arsenal de

filias y fobias; distinción de lo propio y ajeno; composición dada del bloque social nacional; autodeterminación política; etc.) que emanan de su identidad colectiva. Estos intereses nacionales, a su vez, se manifestarían hacia afuera exteriorizándose mediante la progresiva adquisición de la *conciencia nacional* y traduciéndose, posteriormente, en *acción* y movilización políticas en pro de la defensa de sus intereses e identidad. Un tal concepción *expresiva* de la acción o movilización nacionalista, deudora de unos supuestamente prístinos y «objetivos» *intereses exógenos*, se complementa por ende con una concepción neutra de las instituciones políticas, especialmente el *Estado*, al que se considera como un mero canal transmisor ora de los intereses de una etnia ajena hegemónica, ora en su día, de los auténticos intereses nacionales de la etnia sometida.

De esta suerte no sólo se asume el muy discutible postulado de que la acción no constituye sino un reflejo de un sujeto anterior preexistente, que permanece esencialmente idéntico en el curso de la historia, sino que se deja inexplicado un aspecto decisivo: la distancia que media entre la etnia y la nación política o, más abstractamente, entre estructura y acción. Dicho de otro modo: ¿por qué se produce nacionalismo de masas, políticamente activo, en determinados lugares y no en otros con iguales o aún más nítidas diferencias étnicas?

Es en extremo donde, desconsiderados con patente exceso de precipitación, so pretexto de su unilateral fijación etnocéntrica en el Estado-nación, revisten, sin embargo, no poca utilidad las reflexiones clásicas que vinculan la emergencia de las naciones a los procesos de modernización. Nos referimos esencialmente a las de Deutsch (1953), Gellner (1964, 1983) y Rokkan (1970, 1983).

Por comenzar por este último, imperdonablemente olvidado en los estudios del nacionalismo, es preciso recordar que ya en su primera época, culminada con el excepcional *Citizens, Elections, Parties* (1970), al analizar la génesis y desarrollo de los sistemas de alianzas y oposiciones que originarían la extraordinaria variedad constatable en los sistemas de partidos europeos, procedía a reformular el esquema parsoniano clásico, evitando incurrir en su modelo universal de modernización, a la luz de la distinción cultural-territorial y económico-funcional del proceso político, así como de la oposición centro-periferia. A resultas de ello se sitúa en primer plano, entre los tipos polares de conflicto, no sólo la tensión entre los diversos sectores de la élite central a fin de determinar la política del Estado, sino el conflicto centro-periferia, vinculado a los intentos periféricos de preservar la propia identidad cultural frente a los esfuerzos de asimilización del centro. De esta suerte, en su teoría de los *cleavages*, el autor sitúa entre las fracturas estructurales fundamentales y tensiones permanentes de la política europea, reflejadas en el sistema de partidos, la fractura entre la cultura dominante del centro y las culturas periféricas. Esta fractura centro-periferia, a diferencia de la fractura de clase, que opera con una suerte de efecto de homologación para todos los países, mantiene una variación notable, de extraordinario interés empírico, en cada caso concreto.

En la segunda fase de su obra, que se desarrolla a partir de los años setenta y que culminará en el póstumo *Economy, Territory, Identity* (1983), Rokkan procede a una ampliación de sus modelos para una historia comparada de Europa, a partir de una personalísima síntesis Parsons-Hirschman de la que se sirve para examinar los procesos de construcción del Estado y de la Nación europeos. Pues bien, una de las dimensiones analizadas atiende a las características de las *periferias* (definidas en términos de «distancia, dependencia y diferencia») y su capacidad de resistencia (*voice*) o su disponibilidad a la asimilación (*entry*) en las estrategias de construcción del Estado y de las naciones llevadas a cabo desde el centro; asimismo da cuenta de los procesos de cambio en las relaciones centro-periferia y las modalidades de desarrollo de las diversas comunidades nacionales (*loyalty*). A resultas de ello el *mapa geopolítico de Europa* resultante, construido como un modelo «topológico-tipológico» que pretende explicar las variaciones en los procesos de construcción de los Estados y las naciones europeas, articula una dimensión *económica*, que diferencia las condiciones de construcción de los Estados territoriales, con una dimensión *cultural*, que diferencia las condiciones de construcción de las naciones.

Y así, polemizando con los modelos más celebrados del momento (fundamentalmente Barrington Moore y Wallerstein) cuyos argumentos daban cuenta de similares procesos a partir de variables exclusivamente socioeconómicas, Rokkan añade con toda sustantividad la dimensión político-cultural, en la que las condiciones étnico-lingüísticas constituyen, conjuntamente con la composición religiosa, el factor fundamental. A su entender, de la combinación de estos factores culturales depende la mayor o menor dificultad encontrada por élites y centros políticos en la construcción de las naciones-Estado.

Por su parte, Gellner, tanto en *Thought and Change* como en *Nations and Nationalism* vincula explicativa, causalmente la aparición de los nacionalismos a los procesos de industrialización y correlativa erosión de la sociedad tradicional: «el nacionalismo como fenómeno, no como doctrina expuesta por los propios nacionalistas, es inherente a un determinado haz de condiciones sociales». En concreto, el nacionalismo como proceso de homogeneización cultural y política en el seno de una dinámica enraizada en la lógica económica de la producción. Siendo requerimiento del nuevo sistema productivo una formación que provea a los individuos de un idioma y unos conocimientos mínimos generalizados, los sistemas educativos se convierten en factor clave de nacionalización. El nacionalismo se sirve así de culturas preexistentes, pero selecciona y hegemoniza, reformulándolos internamente, los materiales que proceden de alguna de ellas, excluyendo y marginando otros. De este modo se abandona expresamente cualquier prejuicio etnicista: «el nacionalismo no es el despertar de las naciones a la conciencia de sí mismas: inventa naciones allí donde no existen, pero precisa características diferenciales preexistentes para ponerse en funcionamiento» (Gellner, 1983).

Puede, sin duda, criticarse empíricamente la excesiva dependencia que el modelo de Gellner establece entre la emergencia del nacionalismo y los «requerimientos funcionales de la industrialización» (Hroch, 1993), habida cuenta no sólo de que la aparición e incluso la cristalización política de muchos nacionalismos europeos se ha producido con anterioridad a la generalización de la industria moderna, cuando no en sociedades eminentemente agrarias. Pero en todo caso sus análisis en torno a la ruptura que los procesos de construcción nacional suponen social y culturalmente con el pasado, y la naturaleza eminentemente moderna del nacionalismo, al hilo o en contestación del Estado moderno, han devenido puntos de no retorno con los que tiene que vérselas toda teoría causal-explicativa del nacionalismo. Como ha señalado Tiryakian (1985): «El nacionalismo, en sus varias formas, ha de ser considerado como un elemento tanto activo como reactivo a las sucesivas fases de la modernización».

En otro orden de cosas, nunca se había apuntado tan certeramente como Gellner al contradictorio «núcleo duro» de la transparente evidencia del discurso nacionalista, a su falsa conciencia: «sus mitos invierten la realidad: dice defender la cultura popular mientras de hecho procede a forjar una cultura dominante; proclama proteger una vieja sociedad campesina pero de hecho ayuda a nacer a una cultura anónima de masas» (Gellner, 1983).

Por último, al estudiar los procesos de emergencia de las naciones modernas, Deutsch, tratando de superar precisamente la mera descripción de la capacidad conflictiva de las diferencias culturales y buscando los mecanismos explicativos de la misma, subrayaría la eficacia específica de dos elementos clave: la comunicación, contemplada en una perspectiva cibernética muy de la época, y la «movilización social».

Así, modernización y movilización social, al erosionar y romper los viejos vínculos sociales, económicos y psicológicos deja crecientemente disponibles (*available*) a amplios sectores sociales para ser incorporados en nuevas agrupaciones y bajo nuevos valores, configurándose como fenómenos que afectan decisivamente a la construcción de las naciones. Para Deutsch, los indicadores de «movilización social», esto es, de interacción en el seno de los circuitos de comunicación (nivel de escolarización, lectura de prensa, urbanización, etc.), resultan altamente reveladores del tránsito de la sociedad tradicional a la industrial, a la vez que factores fundamentales de homogeneización y nacionalización. Con independencia de que, como subrayaría Connor (1972) y el propio Deutsch (1975) años más tarde, la modernización mediante el incremento de la comunicación y la movilización social, aviva la conciencia cultural diferencial de los grupos intraestatales fomentando las reivindicaciones separatistas, semeja un hecho incontestable de los análisis sociológicos posteriores que, ora en una perspectiva de élites, ora en una perspectiva territorial, la movilización nacional se muestra generalmente dirigida y, asimismo, mejor recibida por aquellos sectores de los grupos étnicos no dominantes que se encuentran más conectados a

los circuitos de comunicación, y que las regiones con una mayor densidad de redes de comunicación (no sólo modernas, sino asimismo de solidaridad comunitarística tradicional) resultan mucho más susceptibles de propiciar procesos de *nation-building*. Los trabajos de Benedict Anderson abundarían recientemente, si bien en muy otra perspectiva, en la centralidad de los procesos de comunicación, para la construcción de las «comunidades imaginarias» nacionales, más que en la veracidad o falsedad científica de las «raíces» antiguas de la etnicidad, que constituyen mitos elaborados por los intelectuales nacionalistas, contestados a su vez míticamente por las historias oficiales del Estado-nación, y evaluables a los efectos que aquí interesan en términos de su eficacia generadora de evidencia social (1983).

Una ingente bibliografía sobre los más dispares casos de emergencia, consolidación o fracaso de los movimientos nacionalistas, ha venido a añadir algunas otras *precondiciones sociales* necesarias para la aparición del conflicto étnico nacional: la crisis política del antiguo orden y sus valores; la aparición de descontentos en el seno de la población con expectativas frustradas; el trato discriminatorio por parte del Estado respecto a determinados grupos; la existencia de desigualdades económicas y de cambio social entre determinados grupos con resultados de desigual acceso al trabajo, a la educación o al poder político; etc.

Los teóricos de la competición étnica (Nagel, 1984, 1986; Olzack, 1985; Nielsen, 1985), invirtiendo el optimismo sobre el potencial integrador de la modernización subyacente en las teorías funcionalistas y de la comunicación, han sintetizado en cuatro grandes bloques las bases estructurales para la movilización colectiva de índole étnica:

1. Procesos socioestructurales que favorecen la movilidad de los grupos aumentando el contacto y la competición entre ellos (urbanización, inmigración, etc.).
2. Crecimiento de los recursos organizativos y materiales de los grupos étnicos y consiguiente expansión de la esfera política.
3. Legitimación e incentivación de políticas públicas étnicas (distribución de recursos, representación consociativa etc.).
4. Procesos socioestructurales que debilitan otras formas de solidaridad colectiva: de clase, etc.

Se trata, sin duda, de precondiciones necesarias, y presentes alguna o varias de ellas en cada caso específico, pero en modo alguno suficientes por sí solas para generar la movilización nacionalitaria.

Y es aquí donde la obra de Hroch (1968, 1993), especialmente en su evolución última, muestra su mayor interés. Destacaremos dos aspectos que suponen un despegue decisivo en la superación del horizonte inductivo-descriptivo que plagó la historiografía del nacionalismo: su propuesta de una periodiza-

ción de los procesos de construcción nacional y la puesta en primer plano de la relevancia del conflicto social de intereses subyacente en los conflictos lingüísticos o religiosos.

Ciertamente, en su *Die Vorkämpfer der Nationalen Bewegung* (1968), Hroch suscribía, frente a Kohn o Lehmberg, un explícito objetivismo economicista en su acercamiento al tema: «en contraste con el concepto subjetivista de la nación como el producto de la conciencia nacional y el nacionalismo [...] postulamos una concepción de la nación como un integrante de la realidad social de origen histórico [...] cuya esencia deriva de la conexión de los individuos con relaciones sociales objetivas» (Hroch, 1968).

Tan rotunda declaración inicial, sin embargo, se modula a lo largo de la propia investigación de las élites patrióticas iniciadoras de la movilización nacional, y desemboca en una mucho menos determinista perspectiva del proceso de génesis de las naciones que cristaliza, finalmente, en la postulación de tres fases diferenciadas. A saber: una fase «A», en la que minorías intelectuales «descubren» y formulan la identidad diferencial de la nación y proceden a la divulgación cultural de la misma; una fase «B» de agitación política y extensión de los apoyos sociales de la causa nacional; y, en fin, una fase «C» en la que la mayoría de la población asume y explicita políticamente la identidad nacional de la mano de un movimiento de masas.

La virtualidad de un tal modelo no reside solamente en que posibilita, como ha hecho brillantemente el propio autor, el análisis comparativo de numerosos casos europeos del último siglo, sino que requiere ulteriores factores que los puramente estáticos, apuntando a la superación del clásico abanico de factores objetivos: cultura, economía, lengua, raza, etc. como omniexplicativos de la formación nacional. No va Hroch, sin embargo, demasiado lejos en su apertura, deudor de un objetivismo desconsiderador de los problemas específicamente políticos de la movilización nacional a que su propio modelo apunta. Pese a todo, incorpora un nuevo factor de *nation-building* a los anteriormente apuntados (etnicidad, modernización y comunicación social): el *conflicto de intereses* nacionalmente relevante. Esto es, una tensión social o colisión de intereses económico-sociales susceptible de ser articulada con las divisiones lingüísticas y religiosas. En este sentido, pondría de manifiesto, y ello lo corroborarían definitivamente análisis posteriores, que muchos miembros de las élites y grupos nacionalistas pertenecen en mayor medida a ocupaciones con alta movilidad vertical (intelectuales, técnicos, profesionales) que a sectores que, dotados sin embargo en muchas ocasiones con el depósito de la reserva cultural de las señas de identidad (lengua, tradiciones, etc.) erosionadas por la modernización, poseen un bajo grado de movilidad (campesinos).

El autor apuntaba, en su obra clásica, el conflicto decimonónico entre los licenciados universitarios procedentes de un grupo étnico no dominante y una élite cerrada de la etnia dominante en el Estado, celosa de sus privilegios socia-

les y políticos. A ello añadiría, en una línea retomada posteriormente por Smith (1981), los conflictos entre campesinos pertenecientes a grupos subalternos y los grandes propietarios, los artesanos de grupos tradicionales y los comerciantes de las etnias dominantes, etc. Conflictos éstos que, irreductibles a los sólitos conflictos de clase, permiten la agregación interclasista de un amplio bloque social articulado en términos nacionales.

No se postula, por lo tanto, el clásico factor de la discriminación económica, aducido en su día por Gellner, pues ya Connor mostró concluyentemente que la división étnica permite conflicto allí donde no hay discriminación económica (catalanes, malayos, croatas o eslovenos lo ejemplifican) y la discriminación económica por sí sola (Quebec-Maine, flamencos, eslovacos) no da mecánicamente lugar a conflicto nacional en ausencia de tensiones étnicas (Connor, 1984).

Ahora bien, este nuevo factor genético-conflictual aportado por Hroch, de modo ciertamente pertinente al hilo de su modelo en tres fases, apunta de suyo, sin embargo, a una ulterior cuestión: «what determines the vitality, viability and constituency of such nationalist movements?» (Tiryakian, 1985).

No resulta suficiente, en modo alguno, alegar que más altos niveles de cultura política o experiencia permiten una superior, por decirlo en términos de Smith, «politización de la etnia» y de los conflictos de intereses. Algo apunta, más allá del argumento del autor, al momento propiamente *político* de la movilización nacional. Esto es, la recepción masiva del mensaje de los «patriotas» no depende únicamente de las precondiciones *sociales* existentes (etnia, cambio social, comunicación social, conflicto de intereses, etc.) sino asimismo de las precondiciones *políticas* que, como señalan los teóricos de la competición étnica retomando el clásico modelo de la *movilización de recursos*, van desde las políticas estatales a los recursos organizativos, pasando por la unidad de sus élites o su grado de flexibilidad. Por no hablar de la disponibilidad de los nacionales a incorporarse a la nueva dirección hegemónica propuesta en razón de la crisis de anteriores formas solidarias, etc.

Si bien la historiografía comparativa de Hroch permanece muda en estos y otros temas semejantes, su propio modelo reclama una superación del mero horizonte «objetivo» de lo social, hacia el más indeterminado de lo político, a fin de dar cumplida cuenta de los procesos por los que, eventualmente, una matriz conflictual de intereses alumbró un conflicto y movilización políticos nacionalistas.

Llegados a este extremo no podemos dejar de referirnos a la obra que de modo más convincente ha subrayado el papel de los *conflictos políticos* en la génesis del nacionalismo: *Nationalism and the State* (1982) de Breuilly. En efecto, con este autor puede decirse que la historiografía del nacionalismo alcanza un punto de inflexión, abandonando los restos del usual descriptivismo inductivo para inscribirse como ciencia social en diálogo abierto con otras tradi-

ciones y disciplinas. Para Breuille, en efecto, el nacionalismo debe ser entendido, ante todo, como *una forma de política*, forma que solamente adquiere sentido en términos de un contexto específico y los objetivos del propio movimiento, siendo de especial relevancia al respecto el Estado moderno, por cuanto modela la política nacionalista y la provee de su mayor objetivo: la posesión de un Estado propio. A lo largo de un poderoso análisis comparativo, el autor muestra no sólo que el nacionalismo en modo alguno proviene de una suerte de fondo natural del Estado, sino que integra una específica movilización política que produce la realidad misma que invoca; así como que el nacionalismo es un hecho esencialmente moderno toda vez que la centralidad del Estado, considerado como tipo ideal, se confirma empíricamente en gran número de casos.

Para Breuille, como para Tiryakian (1985), las oposiciones internas o externas al Estado moderno resultan claves en la aparición del nacionalismo y sus variantes: sólo cuando la realidad de un Estado soberano se impuso, adquirió sentido la idea de autodeterminación política. Pero también sólo donde existe una diferenciada noción de sociedad civil, considerada como la fuente última de la soberanía, adquiere sentido un concepto de nación en términos culturales. Un nacionalismo efectivo se desarrollará solamente allí donde resulte de utilidad estratégica para una oposición política alegar la existencia de una nación oprimida contra el Estado realmente existente. Ciertamente, cuanto más fuerte resulte la oposición política menos atractiva será la necesidad de apelación a una identidad cultural. Así, por ejemplo, los revolucionarios americanos podían expresar sus objetivos en términos universalísticos de derecho natural y los oponentes magiares a los Habsburgo en términos de derechos políticos históricos. Pero allí donde la oposición política resultó mucho más débil, muy frecuentemente, el establecimiento de una identidad colectiva y la justificación de objetivos estratégicos requirió abandonar los criterios políticos y universales. Resultando necesaria la procura del apoyo de sectores excluidos de la vida política, y dada la existencia de diferencias culturales en diversas regiones del Estado, resultó posible, entonces, apelar a la identidad cultural de las mismas.

La idea de una sociedad definible en términos de su específica cultura y de Estado territorial soberano compitiendo en un sistema de Estados, constituyen así las premisas esenciales sobre las que se alzan la política e ideología nacionalistas. En este horizonte, la pregunta clave, para Breuille, no sería otra que la siguiente: ¿en qué circunstancias los tipos de conflictos creados por el incremento del poder del Estado moderno originarán movimientos de oposición en procura de creación de Estados separados y justificarán este objetivo en nombre de una nación definida en términos culturales? Existen, a su juicio, dos situaciones históricas fundamentales en las que esto ocurre: en el seno de los Estados europeos con una estructura descentralizada y diversidad cultural entre poblaciones de diversas regiones; y en el exterior de Europa, donde el moderno Estado colonial fue exteriormente impuesto a pueblos de tradiciones diversas.

El proceso que patentiza la evidencia empírica muestra que, como quiera que los movimientos nacionalistas proceden a unificar a los pueblos de determinados territorios con el objetivo de hacer uso del poder del Estado, en este objetivo de movilización interclasista la ideología nacionalista juega un papel fundamental como decisivo proveedor de *identidad política*, convirtiéndose de este modo en factor clave en el surgimiento de la acción colectiva. Así, la ideología nacionalista proporciona *coordinación* a un heterogéneo abanico de élites políticas en su común desafío al Estado; *incentiva* la movilización especialmente allí donde la pobre articulación de la sociedad civil y los grupos nacionalistas alcanzan a monopolizar la oposición política y, finalmente, facilita asimismo la *legitimación* ante el exterior de la justicia de la exigencia de auto-determinación culturalmente basada. Pero, también para Breuilly, como para Gellner, la ideología nacionalista «becomes a sleight of hand which inverts the real relationship between state and nationality», haciendo pasar por natural y previo lo que no es sino producto de la confrontación y movilización política ante el Estado moderno. Así, pues, «nationalism is not the expression of nationality». En consecuencia, el nacionalismo en cuanto movimiento político distintivo solamente puede ser identificado desde principios del siglo XIX. O, lo que es lo mismo, solamente puede ser asociado al desarrollo de formas de movilización y acción política específicamente modernas y todo ello a tenor del desarrollo de un nuevo tipo de Estado, el Estado soberano. Como puede verse, la distinción entre *modernismo* y *primordialismo*, solventada con cierta frivolidad por Smith, posee bastante mayor alcance analítico que el que le concedía el autor de *The Ethnic origins of Nations*.

Ahora bien, el corolario performativo a que llega Breuilly abre la perspectiva, desde los supuestos básicos de su propia reflexión, no sólo a la definitiva recuperación de la centralidad de la política —ora como acción, ora como Estado, como institución— en el fenómeno nacionalista, sino y sobre todo, a una ampliación del horizonte tradicional de comprensión de la política misma. Ello resulta especialmente patente en la muy reciente segunda edición de *Nationalism and the State* (1993) donde, al hilo de una más modulada asunción de la centralidad política del fenómeno nacionalista y más cauta pretensión omniexplicativa del mismo, se apunta a la necesaria articulación del análisis con la naturaleza de las instituciones del Estado, de los modelos de organización y movilización política, así como con la más sustantiva atención a las doctrinas, ideologías y sentimientos nacionales. Pero esta apertura empírica y teórica a la vez nos conduce, inapelablemente, fuera del modelo inicial propuesto por el autor, y ello al menos en dos sentidos.

Ante todo, al mostrar que el nacionalismo tiene sentido estratégico y constituye un modo especialmente apropiado para determinados tipos de oposición al Estado moderno, Breuilly subraya la *racionalidad política* del nacionalismo por encima de la frecuente irracionalidad de su discurso y manifestaciones xe-

nófobas o violentas. Y ciertamente, mucha literatura al respecto ha ignorado reiteradamente la racionalidad política del fenómeno, tratando de indagar una explicación de lo que se considera como una «anomalía» más allá de la política, desde el «resentimiento» histórico hasta el inconsciente colectivo. Ahora bien, para dar cuenta de esta racionalidad política que permita superar los enfoques estrechamente instrumentalistas (de élite o clase), pero también los postulados del discurso nacionalitario mismo (la existencia de una base natural para la política), es necesario dar cuenta del hecho de que, en sí mismo, el nacionalismo no constituye una forma particularmente irracional de política.

Ello ha llevado a algunos investigadores (Banton, 1983; Rogowsky, 1985; Hetcher, 1982, 1987, 1988; Laitin, 1986, 1992; Motyl, 1990, 1992) a emplear a tal efecto la perspectiva de la elección racional. Así, por ejemplo Motyl, retomando la noción de «hegemonía cultural» de Laitin, como construcción política e institucionalización de la actividad de un grupo, con la concurrente idealización de tal esquema como modelo simbólico dominante que reina como sentido común, vincula la *permanencia* del ideal nacionalista al hecho de que ha devenido «natural», coincidiendo con el lacónico dictamen de Gellner, «natural and probably irresistible» (1968).

El nacionalismo, señala Motyl en la órbita de la elección racional, tiene sentido en un mundo de naciones y Estados. Es racional, por cuanto presenta una excelente solución a una amplia gama de problemas sociales, políticos y económicos contemporáneos: la posesión de un Estado propio. Ciertamente, en tanto en cuanto el mundo contemporáneo consiste en un sistema de Estados en competencia entre sí, el nacionalismo posee un alto grado de plausibilidad inductiva y se presenta como causado por la evidencia empírica disponible, postulándose como una condición necesaria de supervivencia económica y cultural. De esta suerte, la *Zweckrationalität* de la movilización nacionalista alcanza a tipos varios de fines: materiales, políticos, económicos y culturales, usualmente tratados en la literatura antevista en estas páginas... proporcionando por ende, en virtud de la capacidad de resistencia y de incorporación de su ideal, una incombustible base de militancia patriótica de *early risers*, que mantienen el movimiento durante períodos difíciles hasta alcanzar la «masa crítica» necesaria para pasar de la fase «A» a la «B», en términos de Hroch. De esta suerte, el nacionalismo se muestra especialmente idóneo para, proporcionando eficacísimos *incentivos selectivos*, superar el problema del *free rider* y desencadenar una acción política de masas.

Hetcher (1987, 1988) ha subrayado de modo capital la relación existente, para que la acción colectiva sea posible, entre los incentivos selectivos y la presencia de una organización política que controle la participación individualizada de los miembros en la acción y los flujos informativos, a partir de un núcleo duro de empresarios políticos que disfruten del surplus generado por la organización. De este modo, un partido nacionalista ofrece a sus miembros una

red social, una ideología que promete la defensa de la cultura y la autodeterminación, pero también una posición de prestigio, poder y crédito social. El crecimiento de los partidos nacionalistas, por tanto, será tanto mayor cuanto mayor sea el monto de beneficios selectivos ofrecidos por el partido (Hetcher y Levi, 1985).

Al margen de los problemas usualmente señalados al enfoque de la elección racional, debe destacarse a los efectos que aquí interesan las críticas que, como las de Pizzorno apuntan al vínculo entre acción e identidad, y la presencia de fines expresivos y éticos, de *incentivos colectivos*, en la movilización política. De esta suerte, las aplicaciones de la lógica de la acción colectiva, limitadas asimismo por su asunción de mínimo constreñimiento sobre los actores, toda vez que los vínculos estructurales e institucionales constituyen un dato al margen del análisis, han de ser reintroducidas como específicos microfundamentos de un marco interpretativo más amplio, que dé cuenta del complejo proceso de construcción nacional. Ello a su vez nos devuelve al problema de la sobredeterminación político-ideológica en la génesis del nacionalismo, esto es: ¿cómo se articulan las creencias, valores y cultura de un grupo —que delimitan inicialmente las posibilidades de interpelación política que los *nationalist entrepreneurs* tienen a su disposición— con el contexto socio-económico y político así como con los objetivos estratégicos del movimiento?

La obra de Brass (1991a) se muestra a este respecto especialmente sugerente. En efecto, en este autor se sintetizan muchas de las aperturas que hemos venido señalando a lo largo de este breve repaso de los modelos interpretativos del nacionalismo. Así, ante todo y frente al *primordialismo* de Armstrong o incluso el *perennialismo* más cauto de Smith, se asume la variabilidad e indeterminación última de las identidades étnicas, en cuanto construcciones sociales de mayor o menor duración, pero siempre en constante flujo y reformulación.

Asimismo, en contraste con la acrítica asunción de la *homogeneidad* de los grupos que tiende a considerarlos monolíticos, cohesionados, vinculados por diversas instituciones, valores y mitos —que se traduciría mecánicamente además en un solidario frente común de los nacionales para hacer frente a la amenaza de lo ajeno— se subraya la pluralidad interna de *cleavages* intraétnicos e interclasistas en la mayor parte de las sociedades. Y se pone, así, en primer plano el complicado trabajo de producción artificial de una tal solidaridad.

Por ende, frente a la asunción de que los miembros de los grupos étnicos portan en sí mismos estereotipos intergrupales negativos, «resentimientos» imborrables prontos a manifestarse como agresión o histeria de masas, Brass opone el argumento de que los conflictos interétnicos son promovidos por las élites y, en su caso, arrojados por las autoridades estatales.

Finalmente, Brass rechaza asimismo la consecuencia político-institucional derivada de una concepción de la etnia como algo dado y objetivo, a saber: la supuesta inadecuación de la democracia en su forma competitiva para tales

países, y su sustitución por una democracia *consociacional* (Lijphart), de acomodación de las élites al centro, mediante la creación de sistemas de representación grupal basados en la pluralidad de segmentos culturales de esas sociedades. En efecto, toda vez que no se admite la existencia de pluralidad de segmentos cristalizados sino, con *tempos* específicos, un constante flujo y variación en las etnias, aquella solución de fijación de relaciones de las posiciones de determinadas élites, carece pura y simplemente de sentido.

Como quiera que las entidades étnicas son realidades sociales jamás suturadas definitivamente, nada existe de inevitable en la aparición de una identidad étnica y mucho menos en su transformación ineluctable en una nación. El proceso de construcción nacional tiene lugar solamente bajo determinadas circunstancias, de las cuales Brass, asumiendo los prerrequisitos en su día señalados por Deutsch (comunicación social y movilización), pone, sin embargo, en primer plano las específicamente políticas: la competición entre las élites y las relaciones entre élites y Estado.

Sus estudios sobre India, la ex Yugoslavia y la ex URSS, muestran que las comunidades étnicas son creadas y transformadas por élites específicas al hilo de los procesos de modernización social. Y «este proceso invariablemente implica competición y conflicto en torno al poder político, beneficios económicos y estatus social entre élites competitivas, clases y grupos de líderes, simultáneamente en el interior y entre diferentes categorías étnicas» (Brass 1991a). Síguese de ello, como adicional consecuencia, que el proceso de formación de identidades étnicas posee efectos decisivos no sólo para el éxito o fracaso final del trayecto, sino para la propia definición del grupo étnico en cuestión. Esto es, lejos de cualquier determinación etnicista, las formas culturales, valores y prácticas de los grupos étnicos, constituyen *recursos políticos* para las élites que compiten por la redistribución del poder político y los beneficios económicos.

Ahora bien, los procesos de formación étnica se definen, en este sentido, como dispositivos de intensificación y selección de la significación subjetiva de una multiplicidad de símbolos, así como del logro de una congruencia entre un grupo social definido inicialmente por uno o más símbolos centrales, en el sentido del *mythomoteur* de Armstrong (1982). En el proceso de transformación de las formas culturales, valores y prácticas en símbolos políticos, las élites en competición triunfan o fracasan en forjar una identidad colectiva grupal, de tal suerte que el proceso de politización de una etnia lejos de estar mecánicamente garantizado puede ser incluso reversible.

Ello no implica, en modo alguno, como a veces se ha pretendido, que Brass desestime las formas culturales, valores y tradiciones de los grupos étnicos, puesto que estos actúan como el *background* que delimita el campo de maniobra de las élites, el abanico de interpelaciones posible a disposición de los líderes. Ciertamente que los intelectuales solamente pueden «inventar tradiciones» (Hobsbawm) allí donde existe un rescoldo étnico disponible (Hroch, 1993).

Pero, asimismo, los intelectuales solamente pueden inventar tradiciones *eficazmente inclusivas* cuando una serie de precondiciones sociales y políticas se hallan en mayor o menor medida presentes. Se coloca así el acento sobre la distorsión, simplificación y selección de temas y motivos, mitos y símbolos que las élites llevan a cabo en aras de movilizar a los más amplios sectores posibles.

Todo ello, a su vez, nos reconduce al problema del Estado. Pues el nacionalismo étnico y el conflicto se desarrollarán con mayor probabilidad cuando las demandas tecnológicas, administrativas y educacionales de un Estado centralizado y modernizante, así como las demandas democratizadoras de grupos desaventajados, vuelva difícil sostener el sistema heredado de estratificación étnica o una desigual distribución territorial de recursos económicos y poder político. Lo lejos que llegue la movilización nacionalista y su éxito final dependerán de variables políticas de comunicación y muy especialmente organizativas. En cualquier caso no es la desigualdad en cuanto tal, la «privación relativa» (Gurr) o las discrepancias de estatus las que devendrán catalizadoras clave del nacionalismo en un grupo étnico determinado, sino la relativa distribución de los grupos étnicos en la competición por apropiarse de recursos y oportunidades, así como en la división del trabajo en sociedades en proceso de creciente movilización, industrialización y burocratización.

El modelo de Brass enfatiza, sin duda, el papel del Estado en el proceso de formación étnica y con ello la modernidad de su aparición. En este sentido las políticas públicas y los mecanismos institucionales constituyen factores cruciales que influyen e incluso restringen las alternativas disponibles y la capacidad de los grupos de sobrevivir como unidades separadas, su propia autodefinición, así como sus últimos objetivos estratégicos. Las políticas de desarrollo, o lingüísticas, por ejemplo, tal y como ha mostrado Laitin (1992), pueden tener efectos muy diversos de integración y despotenciación, o bien de agudización de las tensiones. Asimismo, la concesión de derechos culturales o la estructuración federal del Estado, ora pueden reforzar la conflictividad, ora frenar la exigencia de Estado propio, extremo éste en el que insiste particularmente Brass.

Sin embargo, el análisis de la *estructura de oportunidad política* del nacionalismo, pues implícitamente tal es el modelo que de un modo peculiar aquí subyace (Tarrow) va allende el Estado, su estructura y sus políticas, para prolongarse hacia dos aspectos centrales de la movilización nacionalista: el contexto político y la organización. En efecto, la atención a la apertura de las instituciones en cada caso específico, ora en lo que al nivel de democracia se refiere, ora a la estructura centralista o federal del Estado, debe ser completada con al menos otros tres factores del *contexto político*; a saber: las posibilidades de realineamiento de las fuerzas políticas y sociales, así como de los electorados, toda vez que la erosión de los apoyos del grupo dominante puede ser capitalizada por las fuerzas nacionalistas emergentes de la mano de un discurso interclasiista y populista; la flexibilidad de las élites de los grupos dominantes para

compartir el poder con líderes de grupos étnicos aspirantes, de tal suerte que la integración funcione como válvula de seguridad que permita retrasar *sine die* la contestación global del sistema; y, en fin, la potencial disponibilidad de arenas políticas alternativas como, por ejemplo, la presión en favor de una descentralización política federal o cuasifederal que permita alterar las relaciones de fuerzas y facilitar el logro de los objetivos políticos nacionalistas en un territorio dado.

Desde el punto de vista *organizativo*, toda vez que el nacionalismo constituye un movimiento político por definición, requiere un perfeccionado formato organizativo, un liderazgo asentado y unos recursos que le permitan afrontar los retos de la competición en el seno del sistema político. Por lo demás, factores tales como la capacidad de hacerse con la exclusividad de la representación política de la comunidad en su conjunto, o aún mejor, lograr la identificación del partido con la comunidad misma, devienen un elemento decisivo para el triunfo, logrando la aceptación de su específica formulación ideal, social y política de la nación como una «evidencia social» para la mayoría de los nacionales.

Ahora bien, la argumentación de Brass viene a poner, indirectamente, de relieve la centralidad de un factor adicional en la génesis del nacionalismo que en su modelo no recibe, sin embargo, la atención que merece: la *ideología*. En efecto, «the process of intensifying the subjective meanings of a multiplicity of symbols» de que habla este autor, requiere un tratamiento específico de los aspectos discursivos e ideológicos del nacionalismo y su incorporación al modelo explicativo del *nation-building*. Ciertamente que ello no implica, no puede implicar, una vuelta al horizonte tradicional clásico de las «ideas» o «creencias» nacionalistas como *deus ex machina* a lo Kohn (1955) o Kedourie (1985).

El esfuerzo reciente de mayor proyección a este tenor es, sin duda, el de Greenfeld, quien en *Nationalism. Five Roads to Modernity* (1992) procede a una tan deslumbrante como polémica investigación sobre la «especificidad conceptual» del nacionalismo en Inglaterra, Francia, Rusia, Alemania y EE.UU. El análisis se centra en torno a la «idea de nación», toda vez que ésta, al situar la fuente de la identidad individual en el seno de un ente colectivo portador de la soberanía y fundamento supremo de lealtad y base de la solidaridad colectiva, proporciona el principio articulador de ese fenómeno *emergente*, en cuanto irreductible a sus elementos singulares, que es el nacionalismo: «The only foundation of nationalism as such, the only condition without which no nationalism is possible, is an idea». De este modo, partiendo de la asunción de que la realidad social es esencialmente cultural, esto es, una realidad simbólica creada por los significados subjetivos y la percepción de los actores sociales, Greenfeld postula que el nacionalismo *connota* una identidad específica, una autodefinition, y por lo tanto es fundamentalmente un conjunto de ideas, por más que éstas, a su vez, estén producidas por constricciones estructurales e inspiradas en tradiciones

precedentes. La nación deviene, de este modo, un constructo simbólico, «a thing of the mind» como diría Motyl (1990), que define la posición de los individuos en el mundo social y político. De hecho, para la autora, «the generalized identity in the modern world is the national identity».

El análisis de Greenfeld es conducido a varios niveles simultáneamente: vocabulario político, relaciones sociales y otros determinantes, especialmente aquellos que afectan a los grupos clave (en cuanto su real participación en la articulación y extensión de la conciencia nacional, en la formación de la identidad nacional), así como «the general educated sentiment». Y ello permite logros innegables, como el análisis del *zizag pattern of semantic change* del término-concepto «Nación», que da cuenta de la superposición del concepto político-universalístico de Nación, como lugar de residencia de la soberanía, con el particularístico-etnicista, como pueblo único excluyente de lo ajeno. O la reinserción en un marco interpretativo nuevo del lugar de la ciencia en el discurso del nacionalismo inglés; la reinterpretación del romanticismo alemán en lo que atañe al concepto organicista de nación, etc.

Sin embargo, la óptica del modelo interpretativo de Greenfeld, no sólo incardina deficientemente la ideología nacionalista en el seno de los mecanismos y procesos de movilización y construcción nacional, lo que resulta especialmente crítico para una obra que pretende explicar «why and how nationalism emerged». Sino que, a la postre, resulta deudora de un dualismo ideas/acción harto problemático a la luz del actual análisis del lenguaje. A saber: la ideología se presenta en todo momento como pauta previa orientadora de la acción, la cual permanece externa y separada de aquella: «the aim is to explain the evolution of a particular set of ideas and to show how they permeate the attitudes of relevant actors». Precisamente, el concepto de *actitud* sintetiza de modo inmejorable la discutible asunción de que los constructos ideológicos son importantes porque «gobiernan la acción» desde el exterior de la misma.

Pues bien, el caso es que éste constituye un extremo especialmente problemático asimismo en los modelos analíticos de la acción colectiva al uso, como el de la *movilización de recursos* o el de la *estructura de oportunidad política* ya mencionados. En efecto, no ha dejado de observarse desde principios de los ochenta que, tratando de superar la *free rider paradox* de Olson desde un punto de vista de la elección racional, las teorías deudoras de este paradigma han sobrevalorado los incentivos selectivos, aquellos que precisamente carecen, por definición, de relación alguna con la «causa» o el «ideal» del movimiento. Se ha infraestimado, como han puesto de relieve Tarrow y otros, «the significance of grievances and ideology as determinants of participation».

La reflexión originada ante la eclosión de los nuevos movimientos sociales ha puesto, sin embargo, de relieve el papel que el ideal colectivo y la ideología de un movimiento desempeñan en la generación de implicación en la acción colectiva, proporcionándose, así, una conexión entre la estructura (los diversos

problemas sociales) y la acción (la motivación para participar). Y ha sido en el seno de esta reorientación en la que se ha desarrollado un modelo de análisis del discurso que, retomando estudios de los sesenta y setenta, comienza a mostrar un considerable valor analítico para dar cuenta de los movimientos sociales.

La idea del discurso como *language event*, esto es, el acto a través del cual los constructos ideológicos y simbólicos se actualizan en el mundo real, se centra aquí, en cuanto discurso político, en el análisis de ideologías y creencias, como lugar de producción de los constructos ideales a través de los cuales, no tanto «se aprehende», sino que propiamente se construye la realidad con medios ideológicos. De esta suerte se abandona un concepto de *ideología* consistente en la exteriorización de unos intereses generados por una estructura de preferencias prepolíticas, social o étnico-culturalmente determinadas y «completas», y con ello el dualismo entre una realidad objetiva «dura» y un «nivel ideológico» que eventualmente la distorsiona o redefine. Pero además, se supera la clásica separación entre discurso o «actitud» (en el lenguaje de los clásicos de la cultura política, de Almond y Verba a Klandermans) que orienta una acción política que se ubica a su vez, en todo momento, en un plano separado de aquélla. Por el contrario, la acción, como Mehan y otros han señalado, forma parte del discurso mismo, y toda situación discursiva se halla formada por acción tanto como por palabras e ideas. El discurso político, en definitiva, es la básica forma de interacción a través de la cual se produce constantemente la realidad política, y se constituyen los sujetos individuales y colectivos, proporcionándose objetivos y aspiraciones, autocomprensión y creencias acerca del valor de objetos y acontecimientos diversos.

En este sentido, el concepto de *frames of meaning*, procedente de la psicología cognitiva, como estructura general de referencia o marco de significado que provee un modelo familiar de aprehensión en el receptor del mensaje, se perfila dotado de inmejorables posibilidades analíticas (Snow, Gamson, Gerhards y Rucht, etc). El análisis del discurso así planteado resulta perfectamente compatible con los modelos teóricos existentes, especialmente con el de *consensus mobilization*, toda vez que éste presenta el origen de un movimiento político como un proceso de «liberación cognitiva» (Piven y Cloward, Mc-Adam) mediante el que los individuos se trasladan de una definición de la realidad a otra, dando sentido a los hechos en términos nuevos, empleando al respecto un nuevo esquema o marco interpretativo, *frame alignment* (Snow). Si a ello se añade una dimensión semiótica de análisis del mito como cadena de significación segunda que genera la «claridad feliz» de una evidencia social «natural» (Greimas, Eco, Barthes), bien se alcanza lo perentorio de completar el estudio de la movilización nacionalista con su capital dimensión discursiva.

Se abre así una hasta ahora inédita posibilidad de análisis constructivista que, reconociendo las limitaciones de los modelos de movilización de recursos, así como de los análisis cuantitativos de cultura política, en lo que se refiere a

los procesos de generación significativa de constructos de discurso/acción, ilumine las prácticas significantes a través de las que los movimientos nacionalistas producen la propia realidad que invocan. De este modo se avanzaría notablemente, no sólo en el análisis de los factores políticos que intervienen en la construcción y orientación de los nacionalismos, sino en la definitiva superación de la autocomprensión del propio discurso nacionalista como necesario resultado de la existencia objetiva de una nación previamente existente, base natural indiscutible de su política.

REFERENCIAS

- ANDERSON, B. (1983): *Imagined Communities*, Londres, Verso.
- ARMSTRONG, J. (1982): *Nations before Nationalism*, Chapel Hill, UNCP.
- BANTON, M. (1983): *Rational and Ethnic competition*, Cambridge, CUP.
- BARTH, F. (1969): *Ethnic Groups and Boundaries*, Londres, Allen.
- BRASS, P. (1991a): *Ethnicity and Nationalism*, Londres, Sage.
- (ed.) (1991b): *Ethnic Groups and The State*, Londres, Croom Helm.
- BREUILLY, J. (1982, 1993): *Nationalism and the State*, Manchester, U. Press.
- CONNOR, W. (1972): «Nation-building or nation-destroying?», *World Politics*, 24 (3).
- (1973): «The politics of ethnonationalism», *Journal of Int. Affairs*, 27 (1).
- (1978): «A nation is a nation, is a state, is a...», *Ethnic and Racial Studies*, 7.
- (1984): «Eco or Ethnonationalism?», *Ethnic and Racial Studies*, 3, 342-359.
- DEUTSCH, K. (1953): *Nationalism and Social Communication*, Cambridge (MA), MIT Press.
- (1975): «The political significance of Linguistic Conflict», en Sarvard y Vignault, *Les États multilingues*, Quebec, Laval.
- GEBERTZ, C. (1963): *Old Societies and New States*, Londres, Glencoe.
- GELLNER, E. (1964): *Thought and Change*, Londres, Weidenfeld.
- (1983): *Nations and Nationalism*, Londres, Blackwell.
- GREENFELD, L. (1992) *Nationalism. Five Roads to Modernity*, Cambridge (MA), Harvard U. Press.
- HECHTER, M. (1982): «A theory of ethnic collective action», *International Migration Review*, 16, 2.
- (1987): «Nationalism as Group solidarity», *E. and R. Studies*, X, 4, 415-426.
- (1988): «Rational choice theory and the study of race and ethnic relations», en Rex y Mason, *Theories of race and ethnic relations*, Cambridge, CUP.
- HECHTER, M. y LEVI (1985): «The comparative analysis of etnoregional movements», *E. and R. Studies*, II, 3, 260-274.
- HROCH, M. (1968): *Die vorkämpfer der Nationalen Bewegung bei den kleinen Völkern Europas*, Praga, U. Karlova.
- (1993): *From National Movement to the Fully-Formed Nation*, *New Left Review*, 231, 3-21.
- KEDOURIE, E. (1985): *Nationalism*, Londres, Hutchinson.
- KOHN, H. (1955): *Nationalism, its meaning and history*, Princeton, Van Nostrand.
- LAITIN, D. (1986): *Hegemony and Culture*, Chicago, U. Press.
- (1992): *Language Repertoires and the State construction in Africs*, Cambridge, CUP.
- MELUCCI, A. y DIANI, M. (1983): *Nazioni senza Stato*, Turín, Loescher.
- MOTYL, A. (1990): *Sovietology, Rationality, Nationality*, Nueva York, Columbia U. Press.
- (1992): *Thinking Theoretically about Soviet Nationalities*, Nueva York, Columbia U. Press.

- NAGEL, J. (1984): «The Ethnic Revolution», *Sociology and Social Research*, 48, 4.
- NIELSEN, F. (1985): «Toward a theory of ethnic solidarity in modern societies», *American Soc. Review*, L, 133-149.
- OLZACK, S. (1985): «Ethnicity and Theories of Ethnic Collective Behavior», en *Research on social movements*, vol. 8, Orlando, JAI Press.
- OLZACK, S. y NAGEL, J. (1986): *Competitive Ethnic Relations*, Orlando, Academic Press.
- ROBINSON, F. (1977): «Nation Formation, the Brass thesis and Muslim separatism», *Journal of Commonwealth*, 15 (3).
- ROKKAN, S. (1970): *Citizens, Elections, Parties*, Oslo, U. Forlaget.
- ROKKAN, S. y URWIN, D. (1983): *Economy, Territory, Identity*, Londres, Sage.
- SHLS, E. (1957): «Primordial, personal, sacred and civil ties», *British Journal of Sociology*.
- SMITH, A. (1971): *Theories of Nationalism*, Londres, Duckworth.
- (1986): *The Ethnic Origins of Nations*, Londres, Blackwell.
- SMITH, A.D. (1981): *The Ethnic Revival*, Cambridge, CUP.
- TRYAKIAN, E. y ROGOWSKY, R. (1985): *New Nationalisms of the Developed West*, Londres, Allen.

Ramón Máiz Suárez es catedrático de Ciencia Política de la Universidad de Santiago de Compostela (Facultad de Ciencias Políticas y Sociales) y autor de diversos libros y artículos sobre nacionalismo y teoría política. Entre ellos: O nacionalismo galego: organización e ideoloxía (1986); Discurso, Poder y Sujeto: lecturas sobre M. Foucault (1987); Nation and Representation: Sieyes and the Theory of the State of the French Revolution (1990); y editor de Los nacionalismos en Europa: pasado y presente (en prensa).